Los diablos del diablo (I)
Eduardo Galeano
(1940-2015)

El diablo es pobre

Se relamen mientras usted come, espían mientras usted duerme: los pobres acechan. En cada uno se esconde un delincuente, quizás un terrorista.

Los bienes de pocos su-

El diablo es mujer

El libro *Malleus Maleficarum*, también llamado “El martillo de las brujas”, recomendaba el más despiadado exorcismo contra el demonio que lleva tetas y pelo largo.

Dos inquisidores alemanes, Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, lo escribieron por encargo del Papa Inocencio VIII para hacer frente a las conspiraciones demoníacas contra la Cristiandad. Se publicó por

primera vez en 1486, y hasta fines del siglo XVIII fue el fundamento jurídico y teológico de los tribunales de la Inquisición en varios países.

Los autores sostenían que las brujas, harén de Satán, representaban a las mujeres en estado natural: Toda brujería proviene de la lujuria carnal, que en las mujeres es insaciable. Y demostraban que esos seres de aspecto bello, contacto fétido y mortal compañía encantaban a los hombres

El mismo pánico hace que los fundamentalistas les mutilen el sexo y les tapen la cara. Y el alivio por el peligro conjurado mueve a los muy ortodoxos a empezar el día susurrando: *Gracias, Señor, por no haberme hecho mujer.*

El diablo es extranjero

El culpómetro indica que el inmigrante viene a robarnos el empleo y el peligrosímetro lo señala con luz roja.

Si es pobre, joven y no es blanco, el intruso, el que vino de afuera, está condenado a primera vista por indigencia, inclinación al caos o portación de piel. Y en cualquier caso, si no es pobre, ni joven, ni oscuro, de todos modos merece la

ción de conquistar nada más que algún trabajo o trabajito. Esos protagonistas de las desventuras coloniales parecen, más bien, mensajeros del Diablo. Es la barbarie lanzada al asalto de la Civilización.

El Diablo es homosexual

Desde 1446, los homosexuales marchaban a la hoguera en Portugal. Desde 1497, los quemaban vivos en España. El fuego era el destino que merecían estos hijos del Infierno, que del fuego venían.

En América, en cambio, los conquistadores preferían arrojarlos a los perros. Vasco Núñez de Balboa creía que la homosexuali-

víctimas del Holocausto. Más de medio siglo demoraron en corregir la omisión. A partir de esa fecha, pudieron reclamar indemnización los homosexuales que habían sobrevivido en Auschwitz y otros campos, si es que alguno quedaba todavía vivo.

Impreso en Bogotá



fren la amenaza de los males de muchos. Nada de nuevo. Así ha sido desde que los dueños de todo no consiguen dormir y los dueños de nada no consiguen comer.

Estado de sitio. No se distraiga, no baje la guardia, no se confíe: usted está estadísticamente marcado, y a la corta o a la larga tendrá que sufrir algún asalto, secuestro, violación o crimen.

En los barrios malditos esperan, agazapados, mordiendo envidias, tragando rencores, los autores de su próxima desgracia. Son vagonetas, pelagatos, borra-

En la Alemania nazi, estos degenerados culpables de aberrante delito contra la naturaleza estaban obligados a portar un triángulo rosado. ¿Cuántos murieron en los campos de concentración? Nunca se supo. Nadie los contó, casi nadie los mencionó. Tampoco se supo nunca cuántos fueron los gitanos exterminados.

En septiembre de 2001, el gobierno alemán y los bancos suizos resolvieron rectificar la exclusión de los homosexuales entre las

malvenida porque llega dispuesto a trabajar el doble a cambio de la mitad.

El pánico a la pérdida del empleo es uno de los miedos más poderosos entre todos los miedos que nos gobiernan en estos tiempos del miedo, y el inmigrante está situado siempre a mano a la hora de acusar a los responsables del desempleo, la caída del salario, la inseguridad pública y otras temibles desgracias.

Antes, Europa derramaba sobre el mundo soldados,

también, porque sólo una bruja, fortalecida por su amante el Diablo en los aquelarres, podía resistir semejante suplicio sin soltar la lengua.

El Papa Honorio III había sentenciado que el sacerdocio era cosa de machos: *Las mujeres no deben hablar. Sus labios llevan el estigma de Eva, que perdió a los hombres.*

Ocho siglos después, la Iglesia católica sigue negando el púlpito a las hijas de Eva.

y los atraían, silbidos de serpiente, colas de escorpión, para aniquilarlos. Los autores advertían a los incautos: *La mujer es más amarga que la muerte. Es una trampa. Su corazón, una red, y cadenas sus brazos.*

Este tratado de criminología, que envió a miles de mujeres a las piras de la Inquisición, aconsejaba someter a tormento a todas las sospechosas de brujería. Si confesaban, merecían el fuego. Si no confesaban,

presos y campesinos muertos de hambre. Esos protagonistas de las aventuras coloniales han pasado a la historia como agentes viajeros de Dios. Era la Civilización lanzada al rescate de la barbarie.

Ahora, el viaje ocurre al revés. Los que llegan, o intentan llegar, desde el Sur al Norte, no traen cuchillo entre los dientes ni fusil al hombro. Vienen de países que han sido exprimidos hasta la última gota de su jugo y no tienen la inten-

dad era contagiosa. Cinco siglos después, escuché decir lo mismo al arzobispo de Montevideo.

Esta provocación insoportable debía desatar la cólera divina. Desde el punto de vista de los invasores, la viruela, el sarampión y la gripe, pestes desconocidas que mataban indios como moscas, no venían de Europa sino del Cielo. Así, Dios castigaba el libertinaje de los indios, que practicaban la anormalidad con toda naturalidad.

chos, drogadictos, gentes sin dientes, ni camino, ni destino.

Nadie los aplaude, pero estos ladrones de gallinas hacen lo que pueden imitando, modestamente, a los maestros que enseñan al mundo las fórmulas del éxito. Nadie los comprende, pero ellos aspiran a ser ciudadanos ejemplares, como esos héroes de nuestro tiempo que violan la tierra, envenenan el aire y el agua, estrangulan salarios, asesinan empleos y secuestran países.